



EDICION LITERARIA.

Tomo IX.

Mejico, Domingo 8 de Octubre de 1899.

Num. 153-4/23

LA CARIDAD DE CRISTO

Las horas se pasaron en silencio absoluto; pero el enfermo no dormía. Poco á poco la luz del candel fué perdiendo su escaso brillo é intensidad, hasta quedar reducida á un punto amarillento, apenas perceptible. Era que la claridad del alba llenaba el aposento con sus tintas vagas, poéticas y suaves, como son las aspiraciones y los impulsos del alma en el crepúsculo de sus nuevos y grandes afectos.

Los pajarillos cantaban alegrando los aires, y el sol de Dios, majestuoso, espléndido, deslumbrador, difundió sus vivificantes rayos por el mundo.

Tomasa, repuesta de las fatigas de muchos días y de muchas noches por un sueño descuidado y profundo, despertó de buen humor. Acordóse de su marido que iba á curar, de la chiquilla que se pondría hecha un pino pollo, y del durete, sobre todo, que al abrir los ojos le caería cada mañana como llovido del cielo. También ideó mil proyectos con aquel papeluco de cien pesetas, que parecía no había de servir para otra cosa que desengrasar alguna sartén, y, por último, se acordó de la pobrecita señora que, acostumbrada á dormir entre holandas, habría pasado la noche en una silla.

—Durillo ha de hacerse eso, en verdad, densó, pero á cada santito le llega su día de fiesta. Ahora nos toca á nosotros el regalo y la buena vida, y á ellos trabajar como horrico de noria; les está bien empleado; pero no quiero ser vengativa, ¡carape! Pues si con los gustos y la felicidad parece que se le ablandan á una las entrañas, y no es buena para ver sufrir á un criminal que sea; ellos no pensaban ni sentían así; hora es llegada de probarles valen bastante menos que nosotros.

Señá Tomasa, dicho esto, se incorporó en la cama, santiguóse con calma, rezó una *Salve*, á la Virgen del Carmen y un *Padre Nuestro* á San Antonio, que le había hecho encontrar aquel filón de dicha y bienestar, y empezó despaciosamente á vestirse.

Lista que estuvo, se dirigió al cuarto del enfermo; pero era tan profundo y tranquili-

zador el silencio que allí reinaba, que, juzgando dormido á todo el mundo, se fué á la cocina.

Media hora después, habiendo oído un ligero rumor producido por los pasos de Julia que se disponía á marcharse, entraba seguida de la chiquilla, llevando ambas varios objetos en las manos.

—¿Qué tal se ha pasado la noche? preguntó la lavandera, mirando alternativamente á la dama y á su marido.

—Bastante bien, gracias á Dios, respondió aquélla.

—¿Ha dormido algo ese pobrecito?

—Sí, ha dormido algunas horas, y lleva ya muchas de no quejarse.

Señá Tomasa dirigió la vista al Sr. Roque, quien, aunque tenía los ojos entreabiertos, parecía bastante adormitado.

—Pues, señora mía, dijo la pobre mujer, á mí me daba fatiga que después de la mala noche saliera vd. de casa en ayunas; y recordando que las señoritas á lo mejor suelen gustar de nuestros comistrajos por aquello de que en la variación está el gusto, le traigo á vd. un platito de migas calientitas y pringositas, que deben estar para chuparse una los dedos; ¡como que tienen longaniza!...

—Con mucho gusto me las comeré, repuso Julia tomando de manos de señá Tomasa el plato de Talavera con el popular desayuno.

La chiquilla extendió sobre la mesa de pino un paño bastante limpio destinado á hacer las veces de servilleta. También venía un cortadillo llenito de vino peleón, porque dijo la buena mujer que las migas con agua se encharcan en el estómago.

Sin escrúpulos, y con gentil talante, todo lo despachó Julia, y aun le supo á poco: jamás recordaba haber comido con tan buen apetito.

Mientras duró el desayuno, dirigía amistosas frases á la mujer, y á la niña sobre todo, que parecía ir suavizando su condición de cardo borriquero.

Despachadas que fueron las migas y apurado el vaso, envolvióse bien en su mantón, y llegándose al enfermo, díjole con su dulce y armoniosa voz:

—Hasta la noche, amigo mío.

—¡No, por Cristo! saltó Roque sentándose en la cama; no consiento yo, aunque me aspen, que pase vd. por mí otra noche en vela.

—Pero si es gusto mío....

—Pues, yo le tengo ahora de que vuelvan las Hermanitas, las mismas que vinieron anteanoche.

—Y añadió bajito de modo que no lo oyera más que Julia:

—Necesito pedir perdón á esas pobrecitas.

—En tal caso vendrán sin falta, respondió la dama en el mismo tono, pero mediante una condición.

—¿Cuál?

—Que antes ó después de ellas venga...

—¿Quién? preguntó Roque, que leía en la mirada y en el corazón de su protectora.

—Ayer le mandé á vd. mi médico, repuso Julia, y gracias á Dios no tengo por qué arrepentirme....

—Y ahora quiere vd. mandarme á su confesor: venga enhorabuena, mejor hoy que mañana, y á fe que tampoco tendrá vd. por qué pesarle; pues si ganas tengo de curar del cuerpo, más me aguijonea el deseo de limpiar mi alma, que está la pobre más sucia y asquerosa que un muladar, con perdón sea dicho.

—¡Bendito seais, Dios mío, que me hacéis tan dulce y fácil la victoria! exclamó Julia olvidándose de bajar la voz.

—¿Y quién no la alcanza si, como vd., une á la más espléndida generosidad, la humildad y el afecto?

—¡Ay, nada de eso es mío! Ya sabe vd. cómo era yo dos días atrás; pero tuve miedo á juicios de Dios, y probé á practicar la caridad de Cristo, lazo dulcísimo que une al rico y al pobre, y única salvación posible en la sociedad.

Señá Tomasa iba á cuadrarse. ¡Qué caridad ni qué canastos! Allí no había mas que derechos que adquirían de rondón los pobres sobre los ricos, porque había venido lo de abajo arriba, como no podía menos de suceder.

Pero ¡era tan humilde, á la par que digna, la actitud de Julia! le tendió la blanca y pulida mano con tanta gracia y cariño, que la pobre mujer la estrechó entre las suyas, ásperas y recias, al tiempo que contra su voluntad le salían del corazón estas palabras:

—El Señor le pague todo lo que hace por nosotros, y permita que donde quiera que vaya vd. suceda lo que en esta casa está sucediendo; que éntre en ella como el sol para alegrarla.